

II.

Al siguiente día, durante la comida, la señora Frogé, se hizo hacer por Camila un relato exacto de sus ocupaciones; la joven daba lecciones á algunas familias, numerosas en su mayoría y la ocupaban bastantes horas. Este trabajo era el único que hubiese tenido el consentimiento de los esposos Frogé, pues Camila fue adoptada por ellos siendo huérfana y sin fortuna personal.

Las lecciones habían sido buscadas por antiguos amigos de la casa en condiciones excepcionales que permitían á la joven envanecerse de su independencia, á la vez que tener un refugio y una protección en aquel hogar; los beneficios que obtenía con aquellas lecciones, le permitían obsequiar á sus tíos con algún regalito y atender á las necesidades de su modesto vestuario; pero no consistía en esto el principal atractivo. Como había adivinado su tía, Camila se aburría soberanamente en aquella casa burguesa; soñaba en otra cosa, en una vida, si no más novelesca, al menos más agitada, en un círculo menos mezquino, en una sociedad más moderna; sus lecciones, durante algunas horas, la hacían vivir en aquel ambiente, y por eso le eran tan queridas.

Camila no sentía pasión por su arte, del cual había hecho un oficio; otras encuentran en la música un algo

que llene su vida, un medio de satisfacer la necesidad de lo ideal; pero nada de esto sucedía á la joven profesora de piano. Daba bien las lecciones porque su natural era bueno y su sentimiento artístico no estaba tan desarrollado que la hiciese sufrir con los errores de sus discípulas.

Con una paciencia imperturbable corregía las faltas y marcaba el compás; respetaba de tal modo á los maestros que no permitía modificación en lo que escribían; si el texto llevaba nota falsa, por un error de impresión, no era de aquellas que se atreviesen á reparar el error; y la alumna y la profesora tocaban cien veces la misma sonata sin notar en que faltaba un sostenido en donde el impreso marcaba un bemol.

Camila, por regla general, era querida de cuantos la trataban, su indiferencia para todo lo que indirectamente no la concernía, se ocultaba bajo una sonriente cortesía; consideraba la amabilidad como una obligación; ejer ciéndola con tanta generosidad que se hubiese sorprendido si alguien la se hubiera acusado de ser egoísta. ¿Ella egoísta? ¡Gran Dios! ¿No se pasa la vida procurándose los medios de no ser gravosa á nadie? ¿Quién podía tener en este mundo más nobles aspiraciones que ella? ¿Quién se había dedicado al bienestar de los otros más que ella?

Seguramente nadie; hacia siete ú ocho años que los pensamientos filantópicos habían agitado el corazón de Camila; pero herida por un dolor intenso, imprevisto, había descuidado algo los dolores de los demás para cuidarse de su propio y dolorido corazón.

En 1871, al quedarse huérfana, abandonó la pequeña

población de San Martín de los Baños, para ir á vivir con los esposos Frogé; de su apartada provincia trajo algunas ridiculeces, de las que se libró pronto, y una rectitud de espíritu que debía durarle más tiempo; sin embargo, el trato de gentes modificó su exterior y su deseo de agradar la hizo más sociable hasta en el fondo de su alma: con sus grandes cualidades el firme amor para el deber, y un culto entusiasta para la virtud, Camila vivía reconcentrada en sí misma; no era dichosa y no sabía dar la felicidad á los demás.

Cuando la señora Frogé estuvo segura de que su sobrina no conocía á nadie que pudiese aportar un elemento á la sociedad que ella quería atraer á su casa, le participó su deseo de recibir á algunos amigos.

—¡Pero tía, es eso verdad!—repuso Camila sonriéndose.—¡Quiere usted dar reuniones; mi tío quiere remozarse: será esto muy divertido!

—¡Señorita, es usted una picarona!—dijo el tío encantado al verla sonreír—¡usted no respeta nada! Es por usted y no por vosotros, por lo que queremos volver á la sociedad.

—¿Es por mí, tío—dijo en seguida la joven poniéndose seria.—Le suplico á usted que por mí no hagan nada. ¡Se lo ruego con mucha seriedad! No quiero molestar á nadie. No cambien sus costumbres en lo más mínimo, no me consolario nunca de haberles causado el menor contratiempo y...

—Tu tío se burla, Camila—interrumpió la señora Frogé lanzando á su esposo una mirada de reproche—he sido yo quien ha hallado esta vida que llevamos muy monótona y me he propuesto divertirme un poco. La

vez me hace ver siempre las mismas cosas y las mismas caras. El jueves próximo daremos una reunión —¿Conoces á alguien á quien quieras invitar?

—No, no—repuso con laconismo Camila.

Después permaneció silenciosa durante toda la velada, y durante los días siguientes, tuvo la señora Frogé que ocuparse por sí sola de todos los preparativos para la reunión. Sin embargo, el jueves siguiente, Camila preparó algunas golosinas, limpió los platos y la vieja vajilla de plata, que databa de la época de la Restauración, y de la que apenas hacían uso. El clásico azucarero con garras de león, limpio, brillante, centelleaba sobre un plato, y las tazas en orden de batalla se alineaban sobre el *bufet*.

Daban las ocho en el instante en que Camila se inclinaba sobre el espejo, para consultarle por última vez; había acogido la idea de sus protectores con indiferencia; pero al pensar que aquella fiesta era sólo por ella hizo subir á su semblante un ligero rubor de satisfacción. Después de todo le era muy dulce sentirse reina de la velada y sintió un placer que no había experimentado jamás. En la pequeña población de San Martín, donde pasó los primeros años de su juventud, su padre no tenía bastante fortuna, ni relaciones para que la joven pudiese exhibirse; pasaba por ser una de las más bonitas de la comarca, ¡pero de qué la servía! ¿Si al menos se hubiese dado un baile en su honor?

Hay algo mágico en el cerebro que á veces extravía á las personas, y á veces también las hace conquistar las simpatías de los demás; por ellos las criadas de los otros van á buscar coches, aunque sea gruñendo; por

ellos se riñe á la modista y adquiere importancia la lavandera; por ellos el confitero se presenta corriendo llevando en equilibrio sobre el tablero con blanco mantel un ramillete; por ellos se arreglan las mesas, se encienden las bujías, se alinean las sillas á lo largo de la pared; todo esto en honor de un semblante blanco ó moreno, de un par de ojos azules, grises ó negros. Cuando se es hija de un ministro, se invitan á tres mil personas y se hacen gastar cuatrocientos mil francos; cuando se trata de Camila Frogé, se gasta menos y se invita á menos gente; pero el placer es probablemente lo mismo.

Camila contempló en el espejo su frente tal vez un poco estrecha; sus cabellos castaños ondulados; sus magníficos ojos azules, muy variables en expresión hasta el punto que algunas veces cambiaban de color, desde el azul casi negro de los mares tempestuosos, hasta el azul celeste de los lagos; los rasgos eran regulares, y la sonrisa de triunfo que apareció en aquel hermoso semblante le dió lo que con más frecuencia le faltaba, una expresión alegre.

La joven se había puesto un traje de lana gris; la más austera sencillez presidía siempre á su tocado: sin embargo, se había puesto un ramito de tempranas rosas de Mayo, en los cabellos, y otro en el pecho; este era el único lujo que quería permitirse. El diablo nada perdía con esto; el lector puede estar convencido de ello. Entró en el salón, en el instante en que su tía, inquieta por no verla se esforzaba en cumplimentar á la vez á dos visitantes, misión muy superior á sus fuerzas. Camila se sentó ante ella y después de los treinta segundos de em-

barazo, indispensables á toda presentación, la señora Frogé se sorprendió al ver á su sobrina tan al corriente de lo que se decía y hacía en aquel gran París que era tan desconocido para ella.

Se puede vivir en París y no conocer nada de él; es una de las cosas que le hacen superior, é inferior, según quiera tomarse, á la población más insignificante de provincias.

Desde hacía veinte años, la señora Frogé vivía en la Isla de San Luis y apenas había salido treinta veces de ella. Es uno de los benditos rincones en que el hombre sedentario puede hacerse un nido y vivir apartado de todas las cosas: así es la Isla de San Luis y no es este su menor encanto. Así se explica el asombro de la buena señora, oyendo á Camila hablar de las nuevas vías de comunicación, del boulevard de San German, de la próxima Exposición, de los tranvías de vapor...

—¿Tu vas en semejantes máquinas? preguntó con horror la señora Frogé, en el momento que la campañilla anunciaba una nueva visita.

—¡Me es necesario, tía —respondió Camila con una sonrisa molesta y algo melancólica;— de no hacerlo, nunca podría ir á dar mis lecciones tan lejos como voy!

El interlocutor de la joven la miró con curiosidad. Era un hombre de cerca de cuarenta y cinco años; pero que según la expresión vulgar, parecía *joven para su edad*. Todo el mundo ha visto tipos derechos, bien formados, de aspecto militar, robustos sin ser obesos, algo calvos, hasta con algunas canas pero de tinte fresco, vivo mirar y conjunto agradable; suelen ser buenas per-

sonas y muy buscados para esposos. El que nos ocupa, era jefe de oficina en un ministerio, y esperaba ascender, pues tenía buenos apoyos.

¿Cómo fué Gustavo Mirmont invitado á la reunión de la señora Frogé? Esto sería difícil de explicar, si en otro tiempo no hubiese sido uno de los discípulos más brillantes del profesor. Este, sin pensar lo que podría suceder, le había recomendado tanto, apoyado con tanto interés, que la recomendación de Sebastián fué la fortuna de Mirmont. Ocurren en el destino misterios muy extraños; un profesor bonachón alaba á su discípulo, lo oye un ministro, hay una plaza vacante, y empieza la buena suerte; es una cuestión que no tiene mérito ni hay intriga en ella; es un conjunto de felices casualidades.

Mirmont no creía en las casualidades felices; tal vez porque la habían favorecido mucho, ó por pensar siempre que el honrado Frogé tenía más poder y habilidad del que realmente poseía el viejo profesor y este error le había hecho guardarle infinidad de atenciones. Mirmont, que se preciaba de atento, agradecido y generoso, el primero de enero enviaba con puntualidad á la señora Frogé una lujosa caja de dulces y á su esposo un bote de tabaco prensado y rapé, molido exprofeso, para él, en la fábrica de tabacos, en donde Mirmont tenía muy buenas relaciones.

Camila respondió á la mirada de Mirmont con una sonrisa que significaba:

—Dios mío, sí, señor, voy en tranvía y doy lecciones de piano. Ya ve usted que á pesar de todo esto se puede ser muy bonita y no mal educada.

Si Camila hubiese sido una joven como todas las de-

más, crecida en el seno de su familia, teniendo una dote aceptable y acostumbrada á no hacer ningún trabajo manual, Gustavo Mirmont tal vez no se hubiese ocupado de ella. Aquel solterón había esperado con paciencia tener una posición que le permitiese hacer un casamiento brillante, se sentía con paciencia para esperar más tiempo. Pero Camila se ganaba el sustento, Camila era independiente y sola y se convirtió para él en un objeto de estudio muy interesante. Mirmont tenía una teoría completa sobre las jóvenes que atienden á sus necesidades, esta teoría no se revelaba en su lenguaje, preciso es confesarlo; pero Mirmont acatando todo lo que se quiere que se acate, tenía un alma profundamente excéptica.

Camila no era ingenua, en el sentido usual de la palabra, no se recorren impunemente las calles de París durante algunos años; un día ó otro, la mujer más honesta acaba por oír que le dicen que es muy hermosa, bajo una forma más ó menos velada: la joven leyó con claridad en el semblante del funcionario la impresión que sus palabras le habían producido y una cólera sorda se despertó en su corazón. ¿Por qué la despreciaba aquel hombre que no la conocía? ¿Por qué razón pensaba fuese menos digna de respeto que cualquiera otra joven? La idea de humillar á aquel hombre ante el cual se veía humillada, germinó, desarrollándose de repente en su corazón.

—Se verá obligado á ser respetuoso, si yo lo quiero, —se dijo la joven— podré hacerlo, las circunstancias me ayudan, y le pondré en ridículo ó le haré sufrir.

Se levantó sin afectación, para reunirse á su tía. Mirmont pudo admirar la naturalidad de sus movimien-

tos, la gracia de sus pasos, los encantadores pliegues que formaba sobre su cuerpo admirable la cachemira gris; pudo también admirar las abundantes trenzas de sus cabellos, en los cuales la joven no llevaba prestados sus rutilos; el brillo de su cutis, la dulzura de sus ojos y la afabilidad de su sonrisa; pudo admirar todo esto con calma, pues pasaron más de dos horas antes de que le fuese posible cambiar una palabra con la señorita Frogé, quien parecía haberse olvidado de su presencia.

El té con pastas hizo su aparición, y la señora Frogé revisaba alegre y satisfecha que había de todo bastante para servir á los invitados, cuando una señora anciana, natural de San Martín, que estaba sentada en una mesa de juego, dijo de repente abandonando las cartas:

—¿Y su amiga de usted, la pequeñuela Laugé, que se casó con un tal Brécart, un ingeniero, si no me equivoco, que ha sido de ella?

La joven notó que todas las miradas se fijaban en ella, y especialmente la de Mirmont: venciendo la opresión que de repente acudió á su garganta, repuso con entonación tranquila, aunque un poco velada:

—No sé nada, hace tres años que no tengo noticias suyas,

—Si usted las quiere, yo se las puedo dar—añadió un señor anciano que jugaba al *ecarté* con el profesor; el año pasado, mi sobrina tuvo ocasión de entrar en relaciones con la señora Erécart, que según me ha dicho es muy agradable, pues mi sobrina fué á tomar aguas á San Martín; creo que hay allí aguas minerales, ¿no es así?

—Si, señor—repuso Camila con la misma entonación.

—¡Pues, bien!—continuó el implacable machacón sin pensar en el suplicio que hacía sufrir á Camila—mi sobrina se cartea con la señora Brécart, y hace pocos días ha sabido que su esposo ha sido nombrado profesor de la escuela central de París...

—¡Tan joven; si no pasa de los treinta y cinco años, exclamó el señor Frogé.

—Según he oído decir, es hombre de excepcional valía, se asegura que merece tan halagüeña distinción...

—Camila, tú debes conocerle—dijo el señor Frogé mirando á su sobrina.—Tú eras muy amiga de la Laugé, debes también saber qué clase de persona es el señor Brécart. ¿Es buena?

—¿En qué sentido quiere usted decirlo?—replicó la joven con la misma entonación tranquila y velada.

—No me refiero á su figura—respondió el tío riéndose—ya sabemos que los ingenieros son unos muchachos arrogantes, pagados de su mérito. ¿Qué pensaban de él en San Martín?

Camila fijó sus miradas sobre la concurrencia; todos aquellos provincianos esperaban su contestación como se aguarda un acontecimiento; la mirada que le dirigió Mirmont le pareció más investigadora de lo que las conveniencias permiten: detuvo sobre él su mirada fría é indiferente y haciendo un extraordinario esfuerzo de voluntad pudo responder con clara entonación:

—El señor Brécart pasaba en San Martín por ser un hombre serio, instruído y muy inteligente. Sus méritos son los que le han hecho alcanzar la mano de la señorita Laugé, que era rica, pues él no poseía bienes. Nunca he oído hablar de él más que con elogio.

Se volvió como para indicar que este punto estaba agotado; las conversaciones siguieron su curso, pero ella no oía nada; la idea de que Pablo Brécart iba á venir á París, abrasaba su cerebro haciéndole daño. El señor anciano, cuya sobrina había ido á San Martín, la detuvo al pasar á su lado.

—En este momento la señora Brécart debe estar en París—le dijo;—puesto que usted es amiga suya, supongo se alegrará mucho de verla; está en el hotel Louvois y piensa instalarse definitivamente aquí; cría á su hijo por si misma.

—¡Ah!—exclamó Camila con el corazón oprimido—¿tienen un hijo?

—Un niño hermosísimo, según me ha dicho mi sobrina. No lo olvide usted, es el hotel Louvois, que está en esa plaza en que hay una fuente. Yo le aconsejaría que le escribiese.

—Ya me acordaré—repuso Camila.—¿Tienen un hijo? ¿De qué edad?

—De dos ó tres años...

Camila salió fuera del salón deteniéndose en el comedor, desierto y menos alumbrado. Por la abierta ventana penetraba de lleno la claridad de la luna. Camila se aproximó á aquella apoyando las manos en el marco.

—¡Tres años!—murmuró.—Tiene un hijo de tres años... Es una esposa feliz, una madre dichosa... Y yo...

Se retorció las manos con desesperación, esforzándose para no gritar sintiendo los latidos de su corazón oprimido.

—¡Nada, nada, jamás! se dijo en voz baja y sus manos cayeron á lo largo del cuerpo inerte, como después

que se sufre una convulsión. Pero sobre todo que no los vea. ¡Dios mío, hazme sufrir cuanto te plazca, pero que no los vuelva á ver!

Fué casi un grito lo que dejó escapar.

Espantada de su propia voz, se volvió; estaba sola, nadie la había oído. Pasándose con rapidez la mano por sus ojos secos y ardientes, se dirigió hacia el salón.

Cerca de la puerta halló á Mirmont que ésta vez evitó mirarla.

Casi segura de que la había observado fué ella quien le interrogó con la mirada, pero le fué imposible descubrir nada.

—¿No tocará usted un poco?—le preguntó con exquisita dulzura.

—No, caballero, toco mucho por necesidad y no lo hago nunca por placer—repuso la joven con encantadora sonrisa.

—Pero ¿y los demás?—insistió el galante solterón.

Camila levantó los hombros como para indicar que no se ocupaba de los otros.

Mirmont replicó con una discreta sonrisa, se miraron y ambos se pusieron á reir.

—Bueno, pues, hablemos—dijo Mirmont presentándola con galantería una silla.—¿Le gusta á usted el teatro?

Conversaron cerca de media hora, luego Mirmont se levantó, convencido de que Camila tenía un secreto y era muy hábil para ocultarle. Se prometió descubrirlo y servirse de él, si así le fuera posible.

Cuando todos se fueron, los esposos Frogé se entusiasmaron á duo al ver el buen orden que reinó en su reunión, cuya armonía nadie había turbado.

—¿Y tú, Camila, has pasado bien la velada?—le preguntó su tía en el momento en que se separaban para acostarse.—Debes estar contenta de volver á ver á los Brécart, reanudarás tu antigua amistad.

—¡Yol...—repuso Camila cerrando la puerta de su gabinete—¡Mientras no les vuelva á ver!—se dijo al estar sola.—¡Es mi única esperanza, mi única salvación!